www.sumadeletras.com

1

Cuckmere Haven, Sussex (Inglaterra)
24 de agosto de 2009

Sergio Olmos miró por la ventana una vez más. No se cansaba de hacerlo. Le devolvió la mirada una de las ovejas que pastaban con absoluta indiferencia en la pradera que se extendía hasta los acantilados. El animal rumiaba satisfecho, lejos de los pensamientos del hombre que había alquilado aquella casita un mes antes y que no parecía tener otra preocupación que la de leer y escribir. Ocasionalmente, Sergio había emprendido durante aquel mes algún viaje breve a destinos de los cuales sus vecinas, las ovejas, carecían de toda información.

La casa estaba alejada unos kilómetros de Cuckmere Haven. Cuando pensó en instalarse en la zona, Sergio desestimó otras posibilidades hasta que encontró aquella preciosa casita desde cuyas ventanas podía contemplar la campiña. Más allá, se alzaban las imponentes formas de las Siete Hermanas, los acantilados a cuyos pies agonizaban las olas del canal de la Mancha antes de ser enterradas en sudario de espuma.

Nada más verla, alquiló la casa sin titubeos, y pronto la bautizó como El Refugio. La casa disponía de dos dormitorios y un cuarto de estar que no era demasiado grande, pero sí cómodo y suficiente para él. Dos grandes ventanales ofrecían una imagen impagable de los acantilados de tiza. Aquel pequeño salón contaba, además, con una chimenea que lo hacía más acogedor. Sobre la repisa de madera de la chimenea, Sergio solía clavar con un cu-

chillo la escasa correspondencia que recibía. Era uno de los homenajes que rendía al hombre por cuya causa estaba allí recluido. Había otros, pero solo un ojo experto podría advertirlos a primera vista, caso del nombre que había dado a la casa, o los títulos de algunos libros que poblaban la biblioteca. Allí dormitaban, por ejemplo, *El martirio del hombre,* de Windood Reade; *La logia invisible*, de Jean Paul Friedrich; *Reflexiones, sentencias y máximas morales,* de François La Rochefoucauld, y, naturalmente, la obra completa de Edgar Allan Poe, entre otros volúmenes.

Un visitante no iniciado imaginaría que acababa de entrar en la casa de un lector omnívoro, porque de ningún otro modo se podría definir mejor a alguien que tenía un ejemplar de *Fausto* colocado junto a *El manual práctico del apicultor*.

El resto de la casita apenas tenía interés. A los dos dormitorios se accedía a través de una estrecha escalera, pero solo una habitación precisaba la soledad monacal que Sergio se había impuesto a sí mismo. La otra se había convertido en su despacho. El doble acristalamiento de las ventanas lo aislaba del incesante lamento del mar. En la parte trasera de la casa bostezaba al sol del verano un solitario plátano.

Sergio Olmos tenía cuarenta y cinco años, rondaba el metro ochenta centímetros de altura, y las entradas cada vez más profundas entre su cabello castaño denunciaban mucho mejor de lo que estas palabras serían capaz de hacerlo que, lentamente, la juventud se alejaba de él. Había engordado un poco en los últimos años, pero su barbilla poderosa y su nariz levemente aguileña conferían a su rostro, pulcramente rasurado, una expresión resuelta y vigorosa. Sus ojos eran verdes, y en el fondo de los mismos se podía descubrir el brillo orgulloso del artista.

Al contrario que el hombre cuya vida lo había conducido hasta aquel rincón de la campiña inglesa, Sergio no fumaba. Y al contrario del hombre cuyas huellas trataba de rastrear, a Sergio sí le gustaba el campo.

Si hubiera sido posible ponerle a prueba con algún texto escrito en francés, alemán, inglés, e incluso en latín, hubiéramos

comprobado que salía airoso del lance. Su capacidad para memorizar era, ciertamente, extraordinaria. Ese don suyo había sido una bendición durante sus años estudiantiles.

Sergio no era dado en modo alguno a recordar el pasado, y mucho menos a repasar sus escasas relaciones sociales en los años universitarios. Sin embargo, recluido en aquella casa del sur de Inglaterra con el propósito que hasta allí lo había llevado, los rostros de un grupo de personas con las que mantuvo una extraña relación durante su estancia en la Universidad Complutense de Madrid aparecían con nitidez en su memoria. Y, entre los rostros que emergían desde lo más oscuro de su memoria, adquiría un doloroso brillo el de Clara Estévez.

Sergio cerró los ojos con fuerza, y nunca sabremos si lo hizo para no dejar escapar el recuerdo de aquella mujer o para evitar que se instalara dentro de él. Respiró hondo y sus dedos largos tamborilearon sobre la mesa de su escritorio, que se mostraba literalmente invadido por indisciplinadas huestes de folios arrugados, recién salidos de la impresora conectada a su ordenador portátil y desestimados por Sergio al poco de haber leído su contenido. Ninguno de aquellos comienzos le parecía digno para el primer capítulo del libro que pretendía escribir.

Unas gaviotas atravesaron la parcela de cielo inglés que se advertía desde la ventana. En el horizonte, las velas de algunos barcos manchaban de blanco el fondo azul.

El escritor abrió los ojos y miró un recorte de prensa que había clavado con chinchetas de colores sobre un tablón de corcho colgado de la pared. La página de periódico mostraba la fotografía de una mujer atractiva que sonreía complacida en lo que parecía una fiesta. El titular explicaba la felicidad de la dama fotografiada:

CLARA ESTÉVEZ, GANADORA DEL PREMIO
DE OTOÑO DE NOVELA

Sergio había leído aquel recorte de prensa mil veces desde que estaba en aquel extraño retiro. Curiosamente, aquel premio

literario había sido fallado exactamente el mismo día en que Sergio se instaló en aquella casita de la costa inglesa.

Los ojos verdes de Sergio regresaron sin poder evitarlo a la fotografía del periódico. Junto a Clara Estévez se encontraban varias personas que parecían compartir con ella su felicidad, en especial un hombre bien parecido que la estrechaba por la cintura, posando para el fotógrafo visiblemente orgulloso.

Sergio miró a aquellos personajes con una mezcla de nostalgia y rencor. Sus labios parecieron temblar antes de que unas palabras salieran de su boca, arrugadas, tímidas, como si temiera que alguien que no fuera alguna oveja o alguna gaviota pudiera escucharlas en aquella soledad que se había concedido a sí mismo:

—¡El Círculo Sherlock!

2

En una ciudad del norte de España
24 de agosto de 2009

La Casa del Pan, se leía en el cartel de la entrada.

Frente a la iglesia de la Anunciación, una construcción neogótica que se había convertido en el mojón que separaba el barrio norte del centro de la ciudad, la parroquia había puesto en marcha un proyecto social tan ambicioso como polémico. Pero no era la primera vez que la comunidad parroquial decidía convertir el mensaje evangélico en una acción social directa. Muchos años antes, la parroquia se había alineado junto a los movimientos obreros más reivindicativos, participando en manifestaciones y viéndose inmersa en cargas policiales. Y ahora, cuando el barrio se había superpoblado de inmigrantes de las más variadas procedencias, había creído que era su obligación procurar su integración, además de dar de comer al hambriento. El problema residía en que había muchos hambrientos, y muchos parroquianos que consideraban que el pan debía repartirse primero entre los de casa antes que entre los forasteros.

—Ni te imaginas cómo era esta zona cuando yo era un chaval —dijo don Luis, un cura barrigón y de mirada recelosa—. ¿Quién me iba a decir a mí, que no quise ir a las misiones, que las misiones vendrían a mí?

—Exagera usted, padre —respondió Baldomero, sazonando sus palabras con una de sus habituales sonrisas limpias—. En cuanto a esta zona, le diré que he visto muchas fotografías, y ya sé que

aquí y allá no había más que prados y cuatro casas dispersas. Pero el mundo cambia, padre —añadió, mirando a la cola de inmigrantes que, como cada día, se iba formando en busca de un plato caliente—. Y Cristo estaría con ellos si estuviera aquí.

—No manosee el nombre de Cristo, se lo ruego —bramó don Luis, antes de alejarse rumiando sus reproches contra Baldomero.

Ajenos a la enésima discusión entre los dos párrocos, los voluntarios que cocinaban y servían el centenar de comidas que a diario repartía la Casa del Pan siguieron con su tarea. Solo Cristina Pardo había advertido el malhumor con el que el viejo sacerdote abandonó el local.

—¿Otra discusión? —dijo la muchacha a Baldomero.

—Dios aprieta, pero no ahoga —respondió el joven sacerdote.

—Pues a veces no estoy yo tan segura —replicó Cristina—. Solo tienes que mirarlos.

Los dos contemplaron la larga fila que formaban los hombres y las mujeres que habían acudido al comedor social. Tampoco aquel día habría para todos. El presupuesto con el que contaba la Casa del Pan solo permitía dar cien comidas al día, por lo que cada vez el número de personas que se quedaban sin comer era mayor.

—¿Has intentado hablar de nuevo con el concejal? —preguntó Cristina.

—Sí, y con el alcalde también. —Baldomero movió negativamente la cabeza—. Pero ahora todo el mundo está más pendiente de las elecciones que de esta gente. Y también lo he intentado con los bancos, y con la Cámara de Comercio e Industria, pero no he obtenido más que promesas, y lo que necesitamos es dinero.

—Si no llegan más subvenciones, no podremos seguir.

Ambos guardaron silencio, porque los dos sabían que era verdad. El comedor social se sostenía con fondos que la parroquia había logrado del ayuntamiento de la ciudad, del gobierno regional y de generosas aportaciones de algunos feligreses. Sin embar-

go, eran conscientes de que había parroquianos que preferían que sus limosnas fueran al cepillo de la iglesia y se emplearan en sacar brillo a las imágenes que adornaban el templo. Y cada vez era más creciente el ruido de quienes se mostraban decididamente en contra de un proyecto como aquel.

—Y luego está don Luis —se lamentó Baldomero—, que no solo no suma, sino que yo creo que anda por ahí haciendo que otros resten.

Don Luis había superado con holgura la frontera de los sesenta años. Vestía de rigurosa sotana, bajo la cual se perfilaba su rotunda silueta. Sus manos rollizas y su cara sonrosada hacían que quien no lo conociera suficientemente creyera que estaba ante un sacerdote rural sin más filosofías que las precisas para su humilde puesto en el engranaje clerical. De todos modos, tal dictamen resultaría, además de apresurado, erróneo, porque don Luis era un hombre muy leído. Es posible que pocos sacerdotes de su quinta estuvieran en disposición de presentar un currículo académico como el suyo y una hoja de servicios tan brillante, lo cual no hacía sino añadir más misterio al enigma de por qué se había conformado con estar durante tantos años en la parroquia de la Anunciación, cuando se le habían hecho generosas ofertas para hacer carrera.

Pero para quienes lo conocían de verdad, tal enigma no existía; salvo que se considere asunto hermético el hecho de que un hombre carezca de otra ambición que la de servir allí donde nació. Y ese era el caso de don Luis, quien, entre otras muchas erudiciones, contaba con la de ser un especialista consumado en la historia local.

Tenía el viejo sacerdote un pronto terrible. De haber sido un papa renacentista, tal vez el retrato que más se ajustaría a su perfil sería el del pontífice Julio II, aquel anciano de barba blanca que encabezaba personalmente los ejércitos vaticanos para conquistar los territorios del centro de Italia. Un papa furibundo,

pero culto, amante del arte y con quien tuvo sus más y sus menos Miguel Ángel Buonarroti.

Pero sucedía que don Luis amaba un mundo perdido, un tiempo que ya no existía: el de la ciudad que lo vio nacer y en la que jugó, como tantos otros, en aquellas praderas donde ahora había edificios sombríos en los que, como chinches, se apretujaban los inmigrantes.

La ciudad donde don Luis había nacido y ejercía su labor pastoral no figuraba entre las cincuenta más notables de la región hasta el siglo XVIII. Si hubiéramos podido echar un vistazo al censo en aquel momento, habríamos comprobado que en aquellos años su población no superaba los trescientos habitantes. Sin embargo, apenas un siglo después multiplicó por más de diez esa cifra, y luego no dejó de crecer ininterrumpidamente hasta superar los cien mil.

En su origen, el terruño del viejo cura no había sido otra cosa que un rancio señorío feudal a cuyo alrededor se agruparon el resto de las aldeas nacidas a la sombra de otras casas solariegas. Pero todo cambió con una serie de medidas que afectaron al comercio y al transporte.

Sucedió que, a pesar de que la ciudad carecía de puerto, terminó por convertirse en el raíl por el cual los productos agrícolas meseteños llegaban hasta el boyante puerto de la capital de la región. Y aquel trasiego de productos favoreció un cambio en la estrategia económica que terminó por definir a la ciudad, puesto que la mercancía traía de la mano dinero y personal. Naturalmente, aquel flujo de seres y dinero hizo preciso un comercio que satisficiera las necesidades de los recién llegados. Al mismo tiempo, algunas industrias comenzaron a ver aquel verde paraje bañado por un caudaloso río como idóneo para establecer sus factorías.

Cuando el siglo XVIII iba a echar el cerrojo, una licencia real otorgó a la localidad venia para llevar a cabo un mercado semanal. Y a esa bendición se añadió la lluvia fina que significó para las haciendas locales el mercado colonial. Los empresarios que aún dudaban si instalarse o no en la comarca despejaron sus dudas, y pron-

to aparecieron exitosas firmas que trabajaban en aquellos productos que ultramar favorecía: desde la harina a la cerveza, desde los tejidos de algodón a los curtidos. El empuje era tan grande que ni siquiera las guerras napoleónicas lograron quebrar la tendencia al crecimiento.

El golpe de fortuna definitivo para la ciudad de don Luis se demoró hasta mediado el siglo XIX, cuando una orden real dispuso que el ferrocarril que iba a enlazar la costa norte del país con las tierras de pan atravesara la ciudad. El empujón económico fue irreversible. Había de todo y todo podía ocurrir. Se transformaba el azúcar, se cosía calzado, se explotaban las minas próximas… Y así fue como ocurrió que la estructura minúscula de un pueblo cedió al fortalecerse la musculatura económica, y de resultas de la metamorfosis emergió una boyante ciudad cuyo crecimiento parecía no tener fin.

Naturalmente, la sociedad local también cambió. La burguesía y los notables comenzaron a adquirir algo más que una conciencia de clase y fomentaron la aparición de las más variadas entidades, desde las culturales a las recreativas, desde las caritativas a las económicas. Y en el seno de una de aquellas familias con pedigrí municipal nació muchos años después don Luis.

—¿De veras crees que don Luis sería capaz de maniobrar a tus espaldas para acabar con este proyecto? —Cristina miró directamente a Baldomero. Al devolverle él la mirada, ella desvió sus ojos azules visiblemente avergonzada.

El sacerdote no pareció reparar en el arrobo de la muchacha y reflexionó brevemente antes de responder.

—No, no lo creo. —De nuevo la sonrisa se dibujó en su rostro—. En realidad, no es tan agrio como parece. —Y, bajando la voz, añadió—: Algunos de estos desdichados me han dicho que don Luis visita las casas de los enfermos del barrio y consuela incluso a muchos que no entienden lo que les dice porque no hablan español.

La mirada de Cristina quedó enredada de nuevo más tiempo del debido en los ojos del cura.

—Será mejor que vayamos a echar una mano a los voluntarios, ¿no crees? —dijo él.

Ella asintió.

3

Cuckmere Haven, Sussex (Inglaterra)
24 de agosto de 2009

El Círculo Sherlock!

Las palabras sonaron en la pequeña casita de Cuckmere Haven como un conjuro. Cada una de las sílabas recorrió la estancia y obraron un singular sortilegio capaz de desgarrar la telaraña del olvido que Sergio había tejido durante los últimos veinticinco años alrededor de todo cuanto tenía que ver con el Círculo Sherlock.

Durante sus años universitarios Sergio dedicaba el tiempo imprescindible a sus estudios de filología, volcando en cambio todo su ímpetu en la teoría de la literatura y la literatura comparada. A pesar de lo tacaño que se mostraba con su tiempo cuando se trataba de preparar los exámenes, los resultados siempre eran espectaculares, algo que no tardó en llamar la atención en el mundillo universitario.

Un día se acercó a él un joven a quien no había visto hasta entonces.

—¿Sergio Olmos? —preguntó el desconocido, y añadió sin esperar la respuesta—: En el campus se habla mucho de ti. Me llamo Víctor Trejo.

Al parecer, los resultados académicos del desconocido eran tan impactantes como los de Sergio, si bien todo su esfuerzo lo desarrollaba en la Facultad de Económicas. Según explicó, tanto había oído hablar del famoso estudiante de filología que había decidido conocerlo en persona.

Víctor tenía la misma edad que Sergio. Su cabello era rubio y ensortijado sobre las orejas, y desarmaba a cualquiera con una mirada azul untada de ingenuidad; tal vez la ingenuidad que da el haber vivido siempre al resguardo de los apuros económicos que la familia de Sergio, en cambio, debía padecer para poder darle estudios.

El muchacho rubio resultó ser muy hablador, y no tardó Olmos en descubrir que procedía de una acaudalada familia del sur. Sus padres eran dueños de enormes latifundios, donde se dedicaban a la agricultura y a la cría de ganado de lidia y caballar.

Fue precisamente a través de Víctor Trejo como Sergio conoció la existencia de un extravagante grupo de estudiantes que se reunía semanalmente en la trastienda de una librería de viejo situada en un callejón de Madrid.

—Allí tiene su sede el Círculo Sherlock —le informó en voz baja Víctor.

Aquello sí tenía gracia, pensó Sergio. ¡El Círculo Sherlock!

—¿Sherlock? ¿Tiene que ver con Sherlock Holmes? —preguntó.

—¿Acaso conoces a alguien que se llame así y merezca ser recordado? —Víctor sonrió.

Sergio pudo saber entonces que aquel grupo de entusiastas universitarios pugnaban entre sí por ser los más extraordinarios conocedores de todas y cada una de las sesenta aventuras que componen el llamado *canon holmesiano* escrito por sir Arthur Conan Doyle. El escritor escocés, como era frecuente en aquella época, había publicado los relatos del famoso detective como capítulos sueltos en publicaciones periódicas. En total Doyle dejó escritos sesenta relatos, los mismos a los que aquel grupo de estudiantes parecía reverenciar*.

---

* *Estudio en escarlata* fue la primera aventura publicada por Doyle. Apareció en 1887 en la revista *Beeton's Christmas Annual.* Posteriormente fue publicada como libro. No es la primera aventura en la que participa Holmes. En realidad, es el caso número dieciséis en la historia del detective, y la número tres que se relata en su integridad. Sin embargo, es la primera en la que actúa junto al doctor John Hamish Watson. Con el paso del tiempo, las sesenta aventuras se estructuraron en nueve

—Nosotros preferimos decir *Sacred Texts* —precisó Víctor.

—De modo que *Escritos sagrados.* —Sergio sonrió entre dientes.

—¿Te apetecería ir el próximo viernes? —propuso Víctor en un arrebato de cortesía a todas luces improcedente, dado que ningún miembro del grupo podía invitar individualmente al círculo a un aspirante sin haber consultado previamente a los demás. Por eso se arrepintió de inmediato y se mordió el labio inferior. A Sergio no le pasó inadvertido aquel tic y lo miró con gesto burlón.

—Vaya, si te viera ahora Holmes diría que se encontraba ante un hombre que acaba de cometer una torpeza, que está nervioso y arrepentido por algo que ha dicho y por eso se muerde el labio.

—¡Muy observador! —Víctor abrió desmesuradamente sus ojos y contempló de nuevo a Sergio como si jamás lo hubiera visto—. ¿Has leído alguna aventura de Holmes?

—¿Por qué no me retáis tú y tus amigos el próximo viernes y lo descubrís? —repuso Sergio con sorna.

—Te advierto que podemos interrogarte sobre el detalle más nimio —le avisó Víctor, recién recompuesta su habitual expresión beatífica.

—Nada es pequeño para una inteligencia grande —replicó Sergio, ganándose de inmediato el respeto de su nuevo y único amigo universitario.

—¡Demonios! ¡Eso es de *Estudio en escarlata!*

Poco después, Trejo se despidió de Sergio y este, de inmediato, se arrepintió de haber accedido a reunirse con aquel grupo, al que no había tardado en calificar de lunáticos. Jamás había cultivado las relaciones sociales. En los dos años que llevaba en la universidad no había logrado ninguna amistad ni tampoco sentía necesidad alguna de disfrutar de ella. Se consideraba a sí mismo

---

tomos: *Estudio en escarlata* (novela, 1887); *El signo de los cuatro* (novela, 1890); *Las aventuras de Sherlock Holmes* (relatos, 1892); *Las memorias de Sherlock Holmes* (relatos, 1894); *El sabueso de los Baskerville* (novela, 1902); *El regreso de Sherlock Holmes* (relatos, 1905); *El valle del terror* (novela, 1915); *El último saludo de Sherlock Holmes* (relatos, 1917); *El archivo de Sherlock Holmes* (relatos, 1927).

mejor que cuantos le rodeaban, lo que hacía que le mirasen como lo que realmente era: un tipo altivo y distante. A Sergio le aterraba la vida ordinaria, pero le parecía aún más insoportable la vida de los demás.

¿Por qué había aceptado aquella invitación entonces? Sencillamente porque aquel joven de mirada limpia había pronunciado las palabras mágicas, las mismas que un día lejano de su infancia escuchó por vez primera: ¡Sherlock Holmes!

Víctor Trejo debió de recibir la autorización del resto de los miembros de la excéntrica hermandad, puesto que al día siguiente volvió a encontrarse con Sergio y reiteró con extrema cortesía su invitación para visitar el lugar de reunión de su club. A Sergio le pareció cómico el modo en el que la invitación le fue formulada, puesto que parecía que su interlocutor se hubiera transportado a otra época. Sus formas y su manera de hablar ayudaban a llegar a esa peregrina conclusión.

Víctor le entregó una tarjeta de visita donde se podía leer: «Círculo Sherlock», y debajo aparecía la dirección de una librería de viejo donde tenían lugar aquellos aquelarres literarios.

Y así fue como el viernes fijado, a las ocho de la tarde, Sergio Olmos se encontró en un callejón remoto del Madrid de los Austrias adonde no parecía haber llegado jamás la modernidad. Era una tarde ventosa y fría de un oscuro mes de noviembre. El estudiante de filología llevaba en una mano un paraguas negro y en la otra, la tarjeta de invitación que Trejo le había entregado.

No se cruzó con ningún viandante cuando enfiló el estrecho callejón y comenzó a buscar el lugar donde había sido citado casi a ciegas, pues no había más luz que la que derramaba pobremente una viejísima farola. Después de dejar atrás dos sombríos portales, en la acera izquierda vio el destartalado letrero que anunciaba su destino.

La librería resultó ser un garito ruinoso, compuesto por un mostrador de madera aceitoso y varias estanterías enclenques que

soportaban el peso liviano de muy pocos libros. Al frente de tan ilustre ministerio se encontraba un anciano gordinflón que debía haberse jubilado varios siglos antes y que, por lo que pudo llegar a descubrir Sergio después, seguía acudiendo al local por pura inercia. De hecho, la librería ya no era de su propiedad, sino que había sido adquirida por el padre de Víctor a petición suya con el propósito de empadronar allí a su enigmático club.

Víctor salió a su encuentro de inmediato, aunque a Sergio le costó reconocerlo. Hasta ese instante creía estar preparado para casi cualquier extravagancia, pero sus previsiones se vieron superadas por completo. Trejo vestía un atuendo de lo más delirante compuesto por levita negra, cuello alto, chaleco blanco, guantes de idéntico color, zapatos de charol y polainas de color claro. Todo ello coronado por un sombrero de ala ondulada que, sin embargo, no lograba ocultar los rizos rubios que asomaban sobre sus orejas.

—Todos están deseando conocerte. —La sonrisa de Víctor se acompañó con un gesto de la mano, invitando a Sergio a subir por una angosta escalera que había al fondo del cuchitril.

La escalera, que tenía diecisiete peldaños, condujo a ambos a lo que Sergio interpretó como un mundo paralelo, pues ¿de qué otro modo se podría tildar la escena que apareció ante sus ojos?

De pronto, se encontró pisando una gruesa alfombra que lo aislaba no solo del suelo, sino del mundo real. La estancia estaba amueblada de forma inequívocamente victoriana. De algún modo inexplicable se había construido una chimenea que proporcionaba un amoroso fuego. De la repisa colgaban unas babuchas persas que, nada más verlas, Sergio no tuvo la menor duda de que contenían tabaco para pipa, tal y como acostumbraba a hacer el más extraordinario detective de todos los tiempos. Aquí y allá había papeles en aparente desorden. No obstante, el recién llegado intuyó que en su disposición había un cuidadoso esmero. Los matraces químicos, el violín que dormitaba sobre un sillón…, todo era perfecto. Se trataba de una recreación bastante verosímil del salón del 211B de Baker Street descrito por sir Arthur Conan

Doyle. Las paredes estaban repletas de fotografías de lugares que él no había visitado, pero que conocía sobradamente por cuanto había leído sobre ellos: Pall Mall, Oxford Street, King Charles Street, Queen Ann Street, los páramos de Dartmoor, Yorkshire, Sussex… Y, por supuesto, ¡Baker Street!

—Veo que reconoces esos lugares —dijo Víctor, siguiendo con sus ojos la dirección en la que miraba Sergio—. ¿Has estado allí?

Sergio negó con la cabeza, incapaz de articular palabra alguna.

—Yo sí, pero soy el único de todos nosotros. Las fotos son mías —reveló.

—En realidad, caballero, no es usted el único que ha visitado los santos lugares —aclaró una voz al fondo de la sala.

—Ella, señor, no cuenta —replicó enojado Víctor.

Entre una humareda alimentada generosamente por pipas y cigarros habanos, Sergio descubrió a cinco jóvenes que, como su anfitrión, parecían haberse escapado de algún libro de Charles Dickens o de Robert Louis Stevenson. Todos vestían a la moda victoriana. Se abrieron paso entre el espeso humo del tabaco y se apresuraron a presentarse.

Así fue como Sergio Olmos conoció a Tomás Bullón, estudiante de periodismo; Sebastián Bada, estudiante de derecho; Enrique Sigler, estudiante de bellas artes; José Guazo, estudiante de medicina, y Jaime Morante, estudiante de matemáticas. ¡El Círculo Sherlock al completo!

—Caballeros —dijo Trejo, tras carraspear ceremoniosamente—, reitero mis disculpas por mi inexcusable proceder al haber invitado al señor Olmos sin el consentimiento previo de todos ustedes. Pero, como la descortesía por mi parte ya se había producido y ninguna culpa tiene de ella nuestro invitado, propongo que descubramos hasta qué punto es merecedor o no de unirse, si lo desea, a nuestro club.

Sergio apenas podía parpadear, y menos aún cuando descubrió en las estanterías de aquella sala de unos cuarenta metros cuadrados la colección completa de las aventuras del famoso de-

tective consultor que parecía iluminar las vidas de aquel grupo de fanáticos. Pero había algo más, algo extraordinario: una colección de ejemplares, que parecían originales, de *The Strand Magazine,* publicación periódica donde Arthur Conan Doyle dio a conocer inicialmente buena parte de las historias del detective de su invención. Olmos localizó, entre otros, un número de octubre de 1893 en el que aparecía *El tratado naval*. Más allá, la débil luz de la sala le permitió descubrir un ejemplar de diciembre de 1910 que incluía *La aventura del pie del diablo,* y casi junto a él otro ejemplar, de mayo de 1893, que fue el que el estudiante llamado Enrique Sigler cogió con mucha ceremonia. Sigler era un muchacho moreno, apuesto, de modales exquisitos. Tenía unos profundos ojos verdes y unas manos largas y delicadas. Su porte era tan aristocrático que llevaba aquel traje de época con total naturalidad.

Abrió el libro y dijo:

—Caballeros —el tono de su voz era solemne y un tanto untuoso—, veamos si nuestro invitado es capaz de estar a nuestra altura. —A continuación, leyó en voz alta una pregunta—: ¿A quién pertenecía?

—Al que se ha ido —respondieron los demás en un tono monocorde, como si fuera un acostumbrado ritual.

—¿Quién la tendrá? —volvió a preguntar Sigler.

—El que vendrá —respondieron todos.

En ese instante, todas las miradas se centraron en Sergio, salvo la de Sigler, que leyó una nueva pregunta en voz alta:

—¿Dónde estaba el sol?

Sergio Olmos no tardó ni siquiera un segundo en comprender lo que se esperaba de él, y respondió:

—Sobre el roble.

El grupo de jóvenes se sintió plenamente complacido por la respuesta, pero aún parecían tener dudas sobre el invitado. Una nueva pregunta salió de la boca de Sigler:

—¿Dónde estaba la sombra?

—Bajo el olmo —replicó muy seguro Sergio.

—¿Dónde estaba colocada? —preguntó Sigler.

—Al norte diez y diez, al este cinco y cinco, al sur dos y dos, al oeste uno y uno, luego debajo —contestó Sergio.

Todos prorrumpieron entonces en una cerrada ovación. Las siguientes respuestas sonaron como una única voz sumadas todas a la de Sergio.

—¿Qué daremos por ella?

—Todo lo que es nuestro.

—¿Por qué deberíamos hacerlo?

—Para responder a la confianza.

Nuevos aplausos siguieron a la última respuesta de aquel cuestionario sin sentido para alguien que no fuera miembro del Círculo Sherlock.

—Os lo dije —se vanaglorió Víctor Trejo—. Os dije que no me equivocaba con él. La mediocridad no reconoce nada por encima de sí misma, pero el talento reconoce al genio al instante —añadió, riendo su propia gracia.

Algunos de los presentes abuchearon cómicamente al engreído Trejo, y a Sergio le pareció excesivo tanto el hecho de que se apropiase de una cita sublime de *El valle del terror** como que lo hiciera para echarse flores a sí mismo.

El viento golpeó con fuerza los dos ventanales que asomaban a la calle, ante los cuales pendían unas cortinas de color avellana. Sergio descubrió también una mesa vestida con un mantel blanco sobre la cual había un juego de té. La tetera parecía llena, y de ella salía un humo generoso que se mezclaba con el producido por aquellos fumadores.

—Podría decir, caballero, algo más sobre la aventura de donde hemos sacado el ritual que inicia nuestras reuniones —preguntó Sebastián Bada, el estudiante de derecho.

Bada tenía una complexión robusta, pero no era grueso. Su rostro rubicundo se sostenía sobre un cuello poderoso, y sus movimientos eran firmes y seguros. Había algo de marcial en él.

---

* Aventura publicada en *The Strand Magazine* desde septiembre de 1914 hasta mayo de 1915. Los hechos tienen lugar entre el sábado 7 y el domingo 8 de enero de 1887.

—Por supuesto —repuso Sergio con frialdad—. Los hechos suceden el día 2 de octubre de 1879. Sherlock tiene, por tanto, veinticinco años. Por aquel entonces ya se había establecido en Londres, pero no en Baker Street, como supongo que ustedes saben bien. Las preguntas que han formulado, caballeros —sin querer se había dejado llevar por el tratamiento ceremonioso de sus adversarios intelectuales—, forman parte del llamado *Ritual Musgrave*[*]. Holmes asegura que es el tercer gran caso en el que intervino, pero realmente es el segundo del que tenemos alguna noticia. El primero fue «El Gloria Scott[**]». El caso llegó a sus manos después de que un antiguo compañero de sus tiempos universitarios en Cambridge llamado Reginald Musgrave le pidiera ayuda ante las extrañas desapariciones que habían ocurrido en la propiedad de su familia, en Sussex. Al final, la trama condujo a Holmes a descubrir nada menos que la corona real de los Estuardos, después de descifrar el significado de las preguntas que ustedes me han formulado.

Se escucharon exclamaciones: «¡Bravo!», «¡Excelente!». Y todos los miembros del círculo parecieron entusiasmados por la extraordinaria memoria del invitado, especialmente el estudiante de medicina, José Guazo, que dirigió variados elogios a Sergio, si bien este se mostró, como era su costumbre, distante. Para él, aquel alarde nemotécnico no era especialmente significativo. Sus profesores podrían aportar numerosos datos sobre su extraordinaria capacidad memorística.

—No está mal, pero no lancemos aún las campanas al vuelo, señores. —La voz áspera y susurrante de Jaime Morante, el estudiante de matemáticas, se abrió paso entre la algarabía—. ¿Me dejan probar a mí, caballeros?

Todos asintieron y aguardaron con expectación las preguntas de aquel joven alto, seco y envarado, que peinaba hacia atrás su cabello con brillantina. Sus ojos negros se entornaron sobre las inci-

---

* «El ritual de los Musgrave» se publicó en 1893 en *The Strand Magazine*. Los hechos tienen lugar el 2 de octubre de 1879.

** Publicado en abril de 1874 en *The Strand Magazine*. Los hechos suceden en el verano de 1874.

pientes bolsas oscuras que se iban perfilando debajo de ellos, a pesar de ser solo un par de años mayor que Sergio. Una sonrisa de suficiencia se pintó en sus labios.

—Veamos —dijo tras una pausa teatral—. En «La aventura de los planos del Bruce-Partington»* muere un funcionario del gobierno.

—Arthur Cadogan West —lo interrumpió Sergio sonriente.

El estudiante de matemáticas carraspeó molesto.

—No era algo tan simple lo que yo quería preguntar, estimado amigo. —Sus labios se curvaron pintando una sonrisa condescendiente—. En las ropas del muerto se encontraron dos entradas para el teatro. ¿Sabe de qué teatro le hablo?

Sergio acusó el golpe, pero su rostro siguió siendo una máscara para sus contertulios. Sin duda, Morante había elegido una de las mejores historias de Doyle. La resolución de aquel caso le valió a Holmes como pago nada menos que un alfiler de corbata con esmeralda entregado por la reina Victoria en persona. Pero la respuesta que le pedían tardó en brotar de sus labios unos segundos más de lo que él hubiera deseado. Al final de los cinco segundos empleados en recordar, dijo:

—Teatro Woolwich. Las entradas eran para el teatro Woolwich.

Morante inclinó la cabeza levemente en señal de reconocimiento. Pero Sergio, molesto porque le había costado cinco segundos recordar lo que se le había preguntado, trató de resarcirse añadiendo datos que ninguno de los allí presentes podía recordar, como que los sucesos de esa aventura tuvieron lugar entre el jueves 21 y el sábado 23 de noviembre de 1895, cuando Holmes tenía cuarenta y un años de edad, y que durante el relato el detective informa a su inseparable Watson, que está escribiendo una monografía sobre los motetes polifónicos de Orlando Lassus. A continuación, Sergio rubricó su extraordinaria exhibición añadiendo que la semana en que esa aventura se desencadenó, todo Londres se había visto envuelto en una espesa niebla amarillenta, según asegura Conan Doyle al comienzo del relato.

---

* Publicado en *The Strand Magazine* en 1908. La historia se desarrolla en noviembre de 1895.

El grupo se sintió superado por el recién llegado. El resto de la tarde, Sergio siguió deslumbrando a los demás con sus extraordinarios conocimientos sobre el canon de Sherlock Holmes, pero cuando le preguntaron el motivo de su pasión por el detective dudó antes de responder:

—Empecé a leer esas aventuras cuando era muy niño.

La reunión reportó a Sergio otras sorprendentes noticias, como que José Guazo, el fornido estudiante que pretendía ser médico, y Morante, el inquisitivo matemático, habían nacido en la misma ciudad que él. Pero Sergio no los conocía en absoluto. Ambos eran mayores que él, y habían estudiado en un colegio regentado por religiosos. Además, su círculo de amistades (¡como si Sergio hubiera tenido alguna amistad de verdad en su infancia!) era muy diferente.

José Guazo tenía la nariz ancha, rotunda. Sus ojos eran azules y sus movimientos, algo torpes. Parecía un hombre en quien se podía confiar. Con el paso de los días, Sergio observó que el fondo de melancolía que advirtió en los ojos de Guazo aquella tarde jamás se borraba, pero tardó meses en descubrir el motivo. Lo único que supo aquella tarde es que Guazo vivía en Madrid en casa de unos familiares.

En cambio, nada en Jaime Morante era hospitalario. Tal vez su don para las matemáticas lo hacía frío como un lagarto. Ni siquiera Sergio, que gozaba de una merecida fama de estirado y antisocial, lograba equipararse a Jaime, quien, sin embargo, se mostraba de un humor por completo diferente durante las reuniones del círculo. Siempre estaba dispuesto entonces para el ingenio y la broma inteligente. Los números no tenían secretos para él, y parecía que las obras de Doyle tampoco. Cuando Sergio lo conoció, ya había escrito varios artículos en revistas especializadas sobre problemas matemáticos especialmente difíciles. Era unánime la opinión de que le aguardaba un excelente futuro profesional.

El padre de Jaime Morante era funcionario, aunque nadie sabía bien de qué exactamente. Había sido trasladado a Madrid, pero toda la familia anhelaba regresar a su región natal. Morante

era asmático, parecía tener el pecho hundido a pesar de que trataba siempre de ir erguido como una vela.

Al término de la velada, Sergio fue informado de que el círculo buscaba un séptimo miembro, puesto que, por alguna razón que nadie le explicó, esa cifra había sido juzgada como la más idónea cuando redactaron los estatutos del club. Y así fue como Sergio fue invitado formalmente a ingresar en el círculo.

Sin embargo, se mostró reacio a ello, dado que no le gustaban las relaciones sociales y se sentía mucho más cómodo entre libros que entre personas. Pero Víctor, y también José Guazo, insistieron hasta que se le agotaron las excusas.

Sergio quiso saber entonces, aunque se sintió profundamente incómodo al hacer la pregunta, qué gastos originaba aquella afiliación, a lo que Trejo respondió que no había ninguno. Él, o más bien su padre, financiaba aquel juego intelectual con la generosa aportación mensual que le concedía. El local, los libros, todo cuanto allí veía, incluidos los trajes de época victoriana, corrían por cuenta de su familia.

—Mi padre prefiere que emplee su dinero en cultura que en juergas —le aclaró Víctor—. ¡Y que me aspen si Holmes no es cultura!

Una semana después, Sergio vestía en la reunión correspondiente una excelente levita negra, una chistera reluciente, pantalones grises y polainas de color pardo. La obra de arte había salido de las manos de un viejo sastrecillo que Trejo había localizado sabía Dios dónde y al que pagaba generosamente.